CAPÍTULO XXV. *De las casas y palacios del gran emperador Motecuhzuma; de sus jardines, bosques y recreaciones*

UNQUE ES VERDAD QUE HUBO en esta ciudad de Mexico muchos señores y reyes que fueron ilustrando esta ciudad y en ella edificaron palacios y casas reales, no se hace memoria de ellas porque no hubo quien las notase o ya que se vieron no eran de mucha consideración y sólo se trata de los palacios y casas del gran emperador Motecuhzuma, no sólo porque las vieron los nuestros, sino por su mucha majestad y grandeza, que parece, que aunque hubo reyes y emperadores antes de él, la grandeza de todos juntos (la que tuvieron, digo, y la que pudieron tener) se cifró en este monarca excelentísimo; y así se dice que la casa real donde este príncipe ordinariamente vivía, era cosa admirable ver su grandeza, así de salas como de otros retraimientos, altos y bajos, aposentos, puertas y edificios y todas estas cosas muy notables.

Tenía esta casa real veinte puertas que salían a la plaza y a otras calles grandes. Tenían tres patios grandes y en el uno una fuente donde recibía el agua que venía de Chapultepec. Estaban en esta casa real muchas salas y cien cámaras o aposentos de a veinte y cinco pies de largo y otros tantos en ancho (por manera que eran cuadrados) y cien baños en ellos. Los edificios de cal y canto y las paredes de muchas piedras preciosas y particulares (conviene a saber) mármol, jaspe y pórfido y de una piedra negra, que es a manera de azabache, tan lisa y clara que se parecen en ella los rostros como en espejos y de otra piedra blanca que casi se trasluce y es transparente.

Los enmaderamientos eran de cedros blancos y de palmas (que es madera tan dura como hueso), de cipreses y pinos y otras muy buenas y excelentes maderas y todas estas maderas muy bien labradas y entalladas. En una sala de estas casas reales (que era de ciento y cincuenta pies en largo y cincuenta en ancho) tenía Motecuhzuma su capilla o oratorio, todo chapado con planchas de oro y plata, casi tan gruesas como el dedo. Estaba también muy adornada esta capilla de piedras muy preciosas, esmeraldas, rubíes y topacios (según de ella se afirmó, por los que la vieron) y de otras piedras preciosas de otras especies y géneros. En esta capilla o oratorio entraba Motecuhzuma a hacer sus idolátricas oraciones y a cumplir sus votos, si algunos en guerras o por otras causas los hacía; y en este mismo lugar ofrecía los sacrificios que tenía de costumbre.

Las otras casas en que aposentó a Hernando Cortés y a los demás españoles que con él venían, el día primero que en la ciudad entraron, eran casas muy lindas y espaciosas, con salas y aposentos admirablemente edificados, y eran tan grandes y cumplidas que no sólo cupieron los españoles en ellas; pero también otros más de dos mil amigos, indios tlaxcaltecas que venían en su favor y ayuda y toda la gente de servicio que los unos y los

otros traían, y quedaron muy bien hospedados. Estas casas habían sido del rey Axayacatl su padre. No sólo tenía este grande y magnífico emperador casas muy cumplidas y salas y aposentos grandiosos para su morada, para sus consejos y señores y toda la demás gente que llegaba a ser digna de su hospedaje y recibimiento, donde como su misma persona real eran servidos y acariciados; pero por más mostrar el valor ilustre de su grandeza tenía en la misma cuadra y cerca de sus casas otras diversas y cuartos maravillosos para bestias, fieras y animales bravos que en jaulas y aposentos encerraban, y también para aves, las cuales eran de muchos aposentos y con sus corredores fundados sobre pilares de jaspe y cada pilar de éstos, sobre que estos corredores sentaban, era de una piedra. Obra grandiosísima y digna de tan gran señor. Caían estos corredores sobre una huerta muy grande en la que había puestos y sentados a trechos de muy buena y curiosa obra diez o doce estanques; unos de éstos eran para las aves acuátiles que de ordinario viven en el agua y se mantienen de las cosas que en ella nacen y se crían (digo de agua salada), los otros de agua dulce para las que en ella se crían y viven.

Estaban estos estanques dichos muy limpios porque había cuidado muy grande de desaguarlos y limpiarlos y volverlos a henchir de agua limpia y muy espejada, y esto por razón de que la pluma de las aves estuviese limpia siempre; porque hacían de ella (como en otro lugar se dirá) figuras como imágenes, labores admirables en las rodelas y armas y cosas dignas de ver, para la gala de sus bailes y fiestas. Andaban en estos estanques y albercas tanta inmensidad de aves que parecía haberse juntado en aquel lugar todas las que en más de ducientas leguas a la redonda se criaban; todas se diferenciaban unas de otras por ser de diversas colores, especies y formas y por esta causa todos los nuestros que las vieron (demás de quedar muy admirados) no sabían determinarse si en el mundo había más géneros, ni más vistosas y galanas aves; dábaseles a cada especie de ellas la misma comida de que se mantenían en los campos y lugares donde naturalmente se criaban; si se mantenían con grano, dábaseles grano, si con frutas de árboles o arbustas, se los daban. A las que eran de agua y se mantenían de pescado se les daba muy copiosa y abundantemente; y era voz común y verdad averiguada que en sólo el sustento de las aves de agua se gastaba cada día diez arrobas de pescado que pescaban por la laguna. A las que con moscas se sustentaban se las daban; a otras, lagartijas y lagartos y otras viandas con las cuales ellas se mantenían y sustentaban.

Estaban dedicadas trescientas personas para el servicio y cura de estas aves. De estas personas las unas limpiaban los estanques y albercas, otras pescaban los peces y sabandijuelas que comían, otras tenían cargo de darles la comida, otras las espulgaban, otras les guardaban los huevos, otras se los ponían a sus tiempos para haber de empollarlos y sacar aves de su misma especie, otras las pelaban y guardaban la pluma (que era el fin último, sin la recreación ordinaria que de verlas recibía Motecuhzuma) porque tanto cuidado se tenía con ellas y se guardaban para hacer las cosas ricas y vistosas, que de sus plumas se obraban y hacían.

La otra casa de animales era muy notable y grande, con muchos cuartos y aposentos, altos y bajos; en algunos de éstos estaban las aves de rapiña muy curadas y sustentadas. En los cuartos bajos de esta gran casa había jaulas de vigas muy gruesas y fornidas, donde estaban leones, tigres, adives o zorros, lobos y otros muchos animales de diversas especies; y esto es cierto que no se conoció animal de ningún género o especie, en más de trescientas leguas a la redonda de Mexico, que no se trajese a las jaulas y casa de animales de este poderoso emperador, que demás del gusto que en verlos tenía, quiso mostrar en esto su poder y no se contentaba con ver estos animales y aves en jaulas presos y volar en sus estanques, sino que si pasaba volando cualquiera que fuese, mandaba que se la cogiesen y trajesen a sus manos. De esta verdad fue testigo un español de los nuestros, que estando en su presencia vio pasar el emperador un gavilán y, aficionado de su hermosura y vuelo, mandó luego a su gente que se lo cogiesen y trajesen a su presencia y fueron tantos los que tras él salieron y tanta la diligencia y cuidado que pusieron que cogieron al gavilán altanero y bravo y como mansa y doméstica paloma la pusieron en su presencia. No se puede encarecer más la grandeza y poder de la palabra de un hombre, pues llega a vencer su gusto el vuelo natural de una tan ligera y magnífica ave; quisieron decir algunos que hizo esto por mostrar a los españoles cuán obedecido y servido era de sus vasallos y el grande poder que tenía.

Había también de aquellos tan nombrados cocodrillos (que fueron tan celebrados en Egipto, que acá llamamos lagartos de agua), tan grandes y gruesos como grandes y poderosos vigas y de los que rastrean por la tierra que son pequeños; culebras ferocísimas y víboras de admirable grandeza. Otros animales que son comestibles y su hechura es a manera de lagartos pequeños y se llaman iguanas; y para todos los animales que se arrastran por el suelo, había recaudo y servicio de tinajas y vasijas grandes, unas llenas de tierra y otras de agua, cada cosa para lo que era; y todos estos animales en cuartos y aposentos distintos, porque no se mezclasen.

En otra sala estaban las aves generosas, como son halcones, azores, gavilanes de toda especie de ellos y águilas reales y otros menores, y en otra milanos y buitres; y de todos los animales y aves dichas tenía muchas. Para el mantenimiento cotidiano de estas aves y de todos los animales que comían carne, se afirmó que cada día se mataban quinientos gallos y gallinas de la tierra. Era muy grande el número de gente que por todos los señoríos y tierras de este grande emperador andaban cazando y buscando de éstos y otros animales incógnitos y aves de todas maneras para traer a las jaulas y recreaciones de su casa; y asimismo eran muchos los que se ocupaban en cuidar de ellos y servirlos. Los bramidos de los leones, los aullidos y silvos y estruendos que daban y hacían las sierpes y los otros animales y aves cuando pedían de comer, no eran para las orejas de nuestros españoles tolerables, porque causaban asombro y espanto.

Sobre las salas grandes de estos hermosísimos cuartos había otras mansiones y aposentos; unos donde continuamente moraban y asistían hombres y otros mujeres. De estos aposentos había unos donde estaban niños

codos blancos (que en esta nación es cosa monstruosa, por ser todos de tolor moreno y cuasi amulatados) y no sólo en los cuerpos sino también en el cabello. Había en otros cuartos enanos y corcovados, quebrados y contrechos (que de propósito los quebraban y contrechaban cuando niños para el servicio de la casa real, porque en ella se servían de éstos como en otros tiempos príncipes infieles de eunucos) y juntamente con éstos había otros cualesquiera que fuesen prodigiosos y raros en naturaleza. Tenía cuartos apartados para los oficiales de pluma.

Tenía también, este excelentísimo monarca, otras casas dentro y fuera de Mexico de grande recreación y placer, con huertas y jardines de todas las flores que por todo este reino se podían hallar (que no son pocas, sino en grandísimo número sus diferencias); tenía junto con esto otras huertas y bosques donde tenía muchos y diversos géneros de animales de caza, así ciervos como conejos, liebres y otros de otras especies. En estos lugares de recreación tenía sus casas de monte tan limpias y barridas que aunque en la vida hubiese de entrar en ellas, estaban tan limpias como si de continuo las morara; y para todo esto y repararlas había gente mucha dedicada sin ocuparse en otra cosa. En estos lugares las casas de ellos eran todos de ríos, fuentes y estanques admirables y tan de ver y bien ordenados que no pueden ser encarecidos.

CAPÍTULO XXVI. *De la insigne ciudad de Mexico después que la poblaron los españoles*

UCHO DE LO QUE DE ESTA CIUDAD MEXICANA hay que decir está ya dicho cuando tratamos de ella en el tiempo de su fundación y crecimiento en su gentilidad; y aunque es verdad que allí se dijeron por menudo y extenso sus grandezas, es fuerza traer a la memoria en este capítulo algunas, para tratar de ella en este tiempo que es poseída de españoles; porque está tan diferente ahora de como estaba entonces que, sin apartarnos de la verdad, podemos afirmar ser otra muy diferente y no haber quedado de la primera más que el asiento (y éste no con las acequias y zanjas de agua que tenía) y la memoria de que en otro tiempo lo fue de otras gentes y naciones, y en sus arrabales indios que pueden decir que son descendientes de aquellos que la poblaron, señorearon, sustentaron y engrandecieron; y aún entre los que han quedado no hay rastro ni señal de edificio ni otra particularidad que en su gentilidad tuviesen, con ser los sitios que ahora tienen los mismos que en su gentilidad eran parte de la ciudad, y haber tenido uno de sus reyes sus palacios y casas en aquella parte y barrio que corresponde a la ciudad, saliendo de ella a Chapultepec (que es al poniente); por manera que si ahora por ordenación de Dios resucitaran los nuestros y aun los naturales que en sus primeros tiempos la vieron (digo en los de su conquista) no pudieran decir, con verdad, que era aquélla su